REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 26 DE FEBRERO DE 1923 | No. 24

Primacía del carácter

POR LUIS ARAQUISTAIN

ALGUNAS gacetas de la derecha periodística discuten en estos días sobre un tema que ya Platón hizo clásico en su *Gorgias:* sobre si la política debe ser una profesión especial (basada sobre todo en aptitudes retóricas), o si debe ser como una prolongación, al servicio de la comunidad, de las profesiones particulares. Dicho de otro modo: si el gobierno de la república debe estar en manos de los técnicos—un militar en Guerra, un marino en Marina, un magistrado en Justicia, un pedagogo en Instrucción Pública, un profesor de Derecho internacional en Estado, un economista en Hacienda, un ingeniero en Fomento (para Gobernación, Trabajo y Presidencia del Consejo de ministros, ¿qué especialidades técnicas podrían aplicarse?)—o en poder de cualquier político profesional, independientemente del oficio con que gana o se ganó en otro tiempo la vida, aunque se dé el caso de un médico metido a hacendista, de un abogado a guerrero, de un agricultor a marino, de un industrial a pedagogo, de un biólogo a propulsor de la riqueza nacional, y así sucesivamente. Nunca habrá completo acuerdo en teoría, y en la práctica, los dos sistemas o una mixtura de ambos han fracasado casi siempre, por lo menos en España. Mal lo han hecho en todo tiempo nuestros políticos profesionales; pero no parece que han sido mejores los técnicos que, en los innumerables gobiernos de estos últimos años, han participado de algunos ministerios. Se dirá que los técnicos nada pudieron hacer porque no les dejaron. ¿Pero quisieron? ¿Tuvieron, además de competencia, voluntad?

Generalmente se plantea con torpeza el problema de quiénes deben gobernar. El profesional de la política y el profesional no político, no sólo no se excluyen: se son mutuamente necesarios. El político—cuando merece este nombre, cuando es, como dicen los ingleses, un *statesman*, un estadista, un hombre de Estado, no un *politician*, no un poliquero—, el político ideal es ante todo un creador de historia, un hombre capaz de ver con los ojos de su inteligencia el puesto material y moral de su país en el conjunto de las naciones; capaz de ver con los ojos de su corazón el puesto que podría ganarse en el porvenir, y capaz de echarse a ganarlo con la energía de su voluntad. De la coordinación de esas tres operaciones de inteligencia, sentimiento y voluntad nacen en el estadista de raza una ética nacional y un programa específico, de cuya ejecución concreta sólo los técnicos pueden encargarse. El político da la dirección y la medida; el técnico levanta la obra. Al técnico, aislado en su profesión, le falta visión política unitaria, sentimiento histórico, dinamismo espiritual; es como un gigante sin ojos. Y al político le falta competencia especializada; solo, es como una conciencia sin cuerpo. Un hombre puede ser un gran político y apenas saber las cuatro reglas aritméticas, y un genio técnico puede no servir siquiera para alcalde de barrio. Políticamente, ambos se necesitan de modo indispensable.

Alguien preguntará: ¿Pero dónde está ese estadista arquetípico al que tan mal le sienta, por lo visto, el clima de España, puesto que no germina en su suelo o se agosta antes de llegar a sazón de madurez? Ciertamente, no es nuestro país fértil en grandes políticos. Algunos son bastante inteligentes para comprender la posición de España en el mundo, y bastante sensibles para sufrir por su decaimiento y para desear su mejoría. Pero carecen de lo que es la condición primordial del político, la condición sin la cual todas las otras se frustran, como masa de harina sin levadura: les falta carácter. La crisis más profunda de la política española no es tanto de inteligencia y tecnicismo como de caracteres, de hombres bastante enérgicos para no ceder a nada ni a nadie hasta llevar a cabo un propósito bien pensado y definido.

El mayor defecto de los políticos españoles es la ausencia de carácter. Más que hombres sólidos, irreductibles a otro continente humano, la inmensa mayoría de ellos parecen cuerpos en estado de licuefacción, siempre dispuestos a derramarse en cualquier extraño recipiente y tomar su forma. Al hablar aquí del carácter, prescindimos de todas las acepciones accesorias y desnaturalizadas, y sólo nos atenemos a su definición ética: un modo de obrar perseverante conforme a razón, sin que puedan desviarle ni el halago, ni el interés propio, ni la amenaza! Sólo una razón superior puede torcer, por convencimiento, su trayectoria, pues tampoco es un carácter ético, a lo sumo psicológico o temperamental, el que se obstina en la sinrazón por cerril testarudez. El hombre de carácter ético es el que, más allá de sus pasiones, vanidades o codicias, se traza una norma de conducta y vela severamente por su cumplimiento, sin que le desvanezcan las alturas ni las lisonjas de los altos, ni le amedrenten los barrancos ni los vituperios de los bajos. Hombres así son los que se echan de menos en la política española, y así está ella de desmedrada y ellos de desprestigiados.

Precisamente, lo que ha distinguido al partido reformista de los demás es la esperanza de que sus adeptos fueran, tanto como hombres inteligentes, competentes y puros, robustos caracteres. Bien está la pureza; pero no es necesario que un santo sea un buen hombre de gobierno. Bien está la competencia; pero hay muchos sabios que tienen en estado de estupidez el sentimiento de la justicia. Bien está la inteligencia; pero todos conocemos a muchos hombres inteligentes incapacitados por una abulia patológica. Todas esas buenas cualidades, que se dan también en hombres de otros partidos, no servirían de nada si no las fecundara la serena energía del carácter ético. Es más: incluso el programa reformista nos importa a muchos españoles bien poco como tal programa, que no puede ser más moderado en sus propósitos inmediatos; si tiene algún interés superior, es como instrumento o pretexto para ejercitar, en la política española, un poco de carácter, de personalidad irreductible.

... No se temen las doctrinas, sino los caracteres. Pero sin hombres de carácter no hay política, ni historia, ni aun hombres. Pues como dice Chamfort: «Está perdido un hombre de talento si no une al talento la energía del carácter: cuando se tiene la linterna de Diógenes, es necesario tener su bastón».

(*El Sol.* Madrid).

Una idea de José Ingenieros

[Artículo editorial de «El Tiempo», diario de Panamá redactado por el eminente publicista y educador Dr. José Dolores Moscote].

Es un hecho, que nadie podrá negar, el estado de fermentación ideológica en que se hallan actualmente los espíritus nuevos de los países latinoamericanos. Ello se observa de modo muy notable en México y en la Argentina, que parecen ser, por el momento, los dos grandes focos intelectuales de donde parten fecundas irradiaciones, portadoras de gérmenes de renovación en lo social y en lo político.

En el primero de estos países, por ejemplo, los vastos planes culturales que se han comenzado a llevar a la práctica y que parecerían quiméricos si no fueran una realidad comprobada, bastarían a sacarnos verdaderos en la afirmación que acabamos de hacer. Y las dos pruebas de fervoroso idealismo que ha dado recientemente, al dar el nombre de Gabriela Mistral a una de sus mejores escuelas para mujeres, y al ofrecer una magnífica estatua del indio Cuauhtemoc a los Estados Unidos del Brasil, revelando están que de ese país se ha apoderado una verdadera revolución espiritual que le hace desbordarse generosamente fuera de sus propios límites naturales en una como voluptuosidad de ideas y de sentimientos.

Respondiendo a estas nobles actitudes del México moderno, que lucha por redimirse de las influencias de un pasado ignominioso, en el Sur, en estos mismos momentos, y con ocasión de la visita que el Licenciado José Vasconcelos ha hecho a Buenos Aires, un grupo selecto de escritores y pensadores argentinos comisionó al gran José Ingenieros, para que saludara al distinguido embajador de los ideales mexicanos y le expresase cómo, a pesar de la enorme distancia que separa a los dos países, son de fraternales los sentimientos que México inspira a la Argentina, coyuntura que aprovechó el pensador del Plata para lanzar a los cuatro vientos de la publicidad una de esas ideas muy suyas que, tarde o temprano, tendrá que imponerse en todos los que creen en el porvenir de nuestra América.

José Ingenieros quiere que nuestras nacionalidades opongan a la Unión Pan Americana la Unión Latino-americana, basada, no en el apoyo de los gobiernos, ni en combinaciones diplomáticas, al estilo antiguo, sino en el simple poder de las fuerzas morales, que son una especie de conciencia colectiva nacional de cada pueblo, las cuales actuarían de abajo para arriba, hasta obligar a los gobernantes a rectificar la actual política que la mayor parte de ellos sigue de complacencias y de complicidades en las coacciones de los imperialismos extranjeros. Estas fuerzas, que habrían de cristalizarse en una «opinión pública» internacional latino-americana, conducirían luego a la fijación de las orientaciones cardinales de una acción conjunta preliminar para organizar esa Unión que ha de servir de escudo protector de nuestra independencia y de la integridad de nuestras nacionalidades.

Los organismos supremos de la Unión y su objeto, según palabras del mismo Ingenieros, serían los siguientes: «Un Alto Tribunal Latino Americano para resolver los problemas políticos pendientes entre las partes contratantes; un Supremo Consejo Económico, para regular la cooperación en la producción y el intercambio; resistencia colectiva a todo lo que implique un derecho de intervención de potencias extranjeras; extinción gradual de los empréstitos que hipotecan la independencia de los pueblos. Y todo ello, inobjetable, como aspiración internacional, coronarlo en el orden interno con un generoso programa de renovación política, ética y social cuyas grandes líneas se dibujan en la obra constructiva de la nueva generación mexicana, con las variantes necesarias en cada región o nacionalidad».

¿No es verdad que el espíritu se consuela al contemplar el mágico, atractivo esplendor de estas idealidades, surgidas en mentes lozanas y vigorosas, en donde no se albergan ya los viejos ídolos a que por siglos la humanidad ha pagado un alto tributo?

Isabel la Católica y un decreto "monumental"

12 de octubre de 1492.—Si gloria alguna ha brillado esplendente en el cielo de la Historia, es la que surgió, como un sol en el extremo oriental del océano, en esa fecha, con el descubrimiento de un nuevo mundo; y precisamente tal acontecimiento—acaso el más notable de la evolución de la humanidad—trae a mi mente consideraciones que, no por repetidas por mí, pues carezco de autoridad para repetirlas, son menos atendibles por todo espíritu investigador, que no tiene más norte que la verdad, sea cual fuere la fuente de su procedencia. Estoy seguro que no se llevará a mal lo que contra el común sentir de ahora voy a decir respecto de la reina que más ruido metió en el siglo XV.

Con criterio optimista, que ya parece definitivo en la historia de España—nuestra siempre muy amada madre patria—júzgase a Isabel la Católica, no sólo por su decidida protección al gran marino genovés, facilitándole los medios materiales para que realizara su proyectado viaje a las *Indias Orientales* por un camino más corto que el hasta entonces conocido, sino en lo demás relativo a su real persona y a su gobierno, y nótese que por lo regular sus admiradores hacen casi omiso, con estudiada discreción, de los hechos que oscurecieron su trono, culpa suya únicamente, si he de parodiar la frase del ilustre bardo Manuel José Quintana.

Exaltan sus méritos en forma hiperbólica, procediendo como con el perfume que se destina a cohonestar los malos olores. En efecto, la fundadora de la Inquisición en la noble tierra española; la mensajera de la esclavitud para la virgen América; la sectaria del fanatismo religioso, cuyo odio feroz contra sus disidentes no tuvo límites, ya que la llevó hasta el crimen de lesa civilización expulsando a los judíos y musulmanes—heraldos de la ciencia y de las bellas artes en la Península Ibérica—; la iniciadora de la monarquía absoluta—la cual sirvió de modelo pocos lustros después al fatídico Felipe II—siendo así que para el establecimiento de instituciones trascendentales del Estado nunca contó con las Cortes, las que nunca le merecieron mayor respeto. ¿Todo eso es magnanimidad? Nada que lo parezca, por más que lo afirme el Catolicismo, como es natural dentro de su criterio *ad hoc*. Si la magnanimidad hubiera sido la virtud que iluminara la conciencia de la reina, no habría puesto obstáculos, como conservadora impertérrita, a la marcha del carro civilizador, sino, al contrario, habría procurado en lo posible corregir los errores desvaneciendo las preocupaciones de su tiempo, con la alteza de miras que es lógico suponer en una dama educada para llevar dignamente una corona. Si la decantada magnanimidad se hubiera resuelto en hechos preclaros para los súbditos, el esplendor de la fama del gobierno ejercido por doña Isabel habría alcanzado has-

ta nosotros, y el siglo XV habríase enorgullecido con su nombre.

¡Ah!, pero las tinieblas invadieron su trono, envolviéndolo como el sudario su cadáver, y desde aquella cumbre oscurecida se esparcieron por el mundo, hasta que revoluciones redentoras vinieron a disiparlas, implantando el imperio de la luz, de la razón y del derecho, que los Reyes Católicos desconocieron por completo.

El espíritu de crueldad batía sus negras alas en el brumoso espacio de aquella época «de sufrimiento», y predominó en la conquista de nuestros antepasados, los infelices indios, hecha a sangre y fuego. No se puede pensar sin horror ni indignación en los llamados AUTOS DE FE que acordaba la Inquisición, cuyos rigores eran muy del agrado de los sombríos reales esposos.

Sin embargo, en nuestra penúltima legislatura se acordó—por aclamación si no estoy mal informado—erigir en territorio costarricense un monumento a Isabel la Católica. No me explico eso. Nuestros estimables representantes sin ser ultramontanos, vulgo «godos», han procedido como tales. Es hasta cierto punto natural que en Madrid se le haya levantado un monumento, lo mismo que al execrable Fernando VII, porque allí esos monumentos son producto de un tradicionalismo imperante [(1)], tradicionalismo que no sólo en nuestra madre patria ha hecho sus estragos, sino también en muchos otros pueblos de la tierra que se duelen de la misma calamidad.

¿Han querido nuestros Diputados significar con la erección del monumento que los costarricenses debemos agradecimiento a aquel personaje histórico por habernos descubierto? Aún considerándose así, ¿acaso estaríamos obligados a un gobernante de los más empedernidos opresores de la especie humana, ya que nosotros formamos parte integrante de esa misma especie? Eso equivaldría a besar el látigo con que se flageló o la tea con que se quemó vivos a nuestros hermanos, allá en el último tercio del siglo XV. Por otra parte, nuestros Diputados carecían de poderes para avanzarse a aquel enorme desaguisado.

¿Pero es cierto que doña Isabel nos descubrió? Ella, al acoger la idea de Colón, no sabía que existiera un nuevo mundo, sólo que iba a expeditarse la comunicación entre las Indias *Orientales* y Europa; y diz que para ello se desprendió hasta de sus joyas, lo que en concepto de la insigne pensadora española doña Emilia Pardo Bazán, es sencillamente una leyenda como cualquier otra, por no haber comprobación histórica, auténtica, sobre el particular. Lo que sí es lógicamente cierto es que doña Isabel obró por espíritu de especulación material y en acatamiento al consejo de su confesor Fray Juan Pérez de Marchena, entusiasta, sincero protector de Colón, y quien—es lógico suponerlo—ejercía influencia decisiva en el ánimo de su devota la reina, bien imbuida en el fanatismo religioso. Aun no salgo de mi asombro en presencia del decreto «monumental», con el cual sólo se logró obtener las condecoraciones *consiguientes*, tal vez por haber sido sancionado sin demora; pero la risa que debe haber producido en el exterior tan «monumental» novelería es probable que rayara en carcajada.

TRANQUILINO CHACÓN.

Alajuela, 12 de octubre de 1922.

(1) El partido tradicionalista, de suyo recalcitrante, también erigió su monumento a Fernando VII, a quien servilmente llegó a llamar «el Deseado», antes del regreso de ese rey del castillo de Valençay, donde estaba prisionero de Napoleón, a cuyos pies permaneció de rodillas, compungido, para vergüenza de la hidalguía y dignidad españolas—de suyo legendarias en nuestra madre patria como su condición étnica por excelencia—y así permaneció hasta alcanzar una corona que tanto deshonró con sus inicuas acciones. Su monumento en Madrid fué sustituido por el que la justicia de la Historia—verdadera sanción—erigió a Daoíz y Velarde, héroes del **2 de Mayo.** El otro monumento del mismo monarca aparece en Sevilla, y supongo que a estas horas ha sido echado por tierra, despejando el lugar que robaba. ¿Y no tiene otro monumento en tierra española el humillado de Valençay? Es increible, ahí está (en la Plaza de Armas de la Habana), frente al Palacio que habitaron los Capitanes Generales, dignísimos representantes del gran déspota. Yo lo he visto con mis propios ojos, y aun no he salido de mi asombro ante ese hecho que es un verdadero anacronismo, porque mantener enhiesto todavía aquel esperpento de la tiranía y de la barbarie, contra toda sanción y contra el espíritu liberal que impera en Cuba, sobre todo después de conquistada su soberanía palmo a palmo y a costa de cruentos sacrificios, asombro de la posteridad. Al lado de los monumentos de Maceo y de Martí, el de su victimario—uno de los verdugos más feroces de la Perla Antillana—el de Fernando VII! Parece un sarcasmo adrede. ¡La antítesis no puede ser más flagrante!

Fecha ut supra.—T. CH.

CARTAS DE PORTUGAL

El hombre y la casa

HE venido a una playa portuguesa para que un hijo mío tome unas semanas los aires de la mar. El año pasado principié a estudiar a Portugal desde un hotel de su capital. Este año sigo el curso desde una de sus playas. El arrullo del mar, tenaz, inacabable, y mi deseo de aprender, me inducen a leer uno de los clásicos del alma portuguesa. Estas cosas no las puede hacer a diario un periodista atareado. El clásico elegido es Camoens, y la obra «Os Lusiadas». Podía leerla en la primorosa reproducción de la edición original, hecha por la Biblioteca Nacional, de Lisboa. Me parece más apropiado a mi condición de alumno leerla en una edición escolar. No está bien poner notas en las márgenes de una buena edición. De cuando en cuando levanto del libro las miradas. De frente, el océano; a la derecha, la punta de Cascaes; a la izquierda, Estoril; a lo lejos, la orilla sur de la desembocadura del Tajo, y por encima de Estoril, en la última distancia, una vaga grisura, que no se sabe si es neblina o humareda, delata más que cela, la dirección por donde se tienden los valles de Lisboa y se levantan sus colinas.

De aquí a allá, a lo largo de veintidós o veintitrés kilómetros, no hay más que quintas con jardines y casitas de campo con sus huertos. Lisboa tiene sus playas a la distancia de un suburbio, con lo que su vida normal no necesita interrumpirse por el veraneo. Pero lo que me sorprende es el inmenso número de gentes que viven en casas de su propiedad. Hay muchas fincas de alquiler. Hay muchos hoteles para forasteros y para extranjeros. El nuestro está lleno de ingleses. Buscan el clima suave. La crudeza de su propio invierno les despide de su país. Y lo que les hace venir a Portugal es la baratura de la vida. Dicen que España es para ricos. Su idea de Madrid es la de una gran ciudad de lujo, una de las más elegantes ciudades del mundo, donde viven grandes señores, masas de pobres y una clase media compuesta exclusivamente de los tenderos y empleados públicos. Es, en resumen, una ciudad distante e ideal, que sería más a menudo visitada, de tener mejor clima, por la dorada minoría que inverna en El Cairo y Monte Carlo y veranea en Escocia; pero que esta masa de gente viajera, que no paga arriba de doce a catorce pesetas de pensión, cree enteramente fuera de su alcance.

A pesar de su número, los extranjeros no llegan a ser objeto de una industria que altere la vida general. El portugués acomodado tiene una casa en la ciudad y otra en la playa. Gran número tiene casa en la playa, y va a la ciudad para quehaceres. Pero la ciudad misma no es esencialmente distinta de las playas. Las casas de pisos de alquiler son pocas. Lo normal,

también en la ciudad, es que cada familia viva en su propia casa, y que la casa tenga jardín o huerto. Esta es la razón de la inmensa área que Lisboa cubre: tres o cuatro veces mayor que la de Madrid. A ese huerto se debe, se me figura, la baratura de la vida, más que a la depreciación de la moneda. Un pedazo de tierra es el mejor regulador de los precios. Cuando las cosas suben se convierte el jardín en huerto; cuando bajan, se vuelve a cultivar rosas y claveles.

Un huerto es también el mejor regulador del espíritu. El niño creado en casa donde hay huerto, no preguntará a sus padres: «¿Cómo se hacen las naranjas?», porque sabrá, desde muy chico, que unas cosas se hacen y otras crecen, que es lo que no sabía Adam Smith, ni saben tampoco los socialistas de ahora, que se figuran que toda la riqueza es hija del humano trabajo, cuando la verdad es que, por obra de Dios, los árboles trabajan silenciosos, y ni piden jornal ni se declaran nunca en huelga; pero se enfadan cuando se les desatiende o se les cuida mal, porque no son tan sólo nuestros colaboradores, sino nuestros jueces, y esto es, ante todo, lo que el hombre ha de aprender desde que es niño, que hay quien juzga sus actos y sanciona los juicios.

Y esta distribución de la propiedad es, finalmente, el mejor regulador de las sociedades. Es irrisorio hablar de bolchevismo en un país donde son propietarios los más de los cabezas de familia. Podrá haber una minoría de comunistas en Lisboa, porque el sur de Portugal fué, y sigue siendo en parte, país de latifundios, y el latifundio es lo que crea al proletario, cuando echa a la ciudad al labrador sin tierra. Pero en una democracia de propietarios, como es esencialmente Portugal, las revoluciones no pueden ser más que ventoleras políticas, que armarán mucho ruido, pero que dejarán intacta la estructura social.

La minoría comunista soñará su sueño. Lo seguirá soñando hasta cuando haya dejado de existir, aunque sin darse cuenta de ello. En todos los países en donde se halla la riqueza distribuida con amplia normalidad se ve frecuentemente a antiguos agitadores socialistas, obreros inteligentes y de confianza, que fueron ascendidos a capataces y lograron ahorrar algún dinero, con el que se compraron un terrenito y alzaron una vivienda en los alrededores de la ciudad, adornarse el ojal con la flor roja el Primero de Mayo, y saludar un poco ruborosos a las gentes, que les dicen con un poco de sorna: «No sabía que usted fuera socialista», porque los tienen por los burgueses más burgueses del mundo.

Los viejos socialistas no se ruborizan, sin embargo, de ser socialistas, sino de haberse hecho burgueses. Se les figura que el sueño hermoso era su socialismo, y que es su imperfección humana lo que les ha aburguesado. Algunos días dicen a sus mujeres que los buenos socialistas no debieran casarse, ni ganar más dinero que el necesario para no morir de hambre, con lo que está el hombre más libre para dedicarse a mítines y a huelgas. Las mujeres, que no creen nada de eso, les llevan el humor cuando son dóciles; pero no hay cortinas ni cristales más limpios que los del antiguo socialista que ha llegado a poseer su vivienda. No hay escuela de economía como la propiedad ni propiedad como la inmueble. Precisamente para hacerla asequible a todo el mundo, y sobre todo a los que la merecen, como estos antiguos socialistas, es por lo que haría falta refrenar sus excesos, corregir sus abusos y castigar sus crímenes. Pero el más hermoso de los sueños no es el de una sociedad en que se igualen los destinos de los hombres con sentido económico y los de los faltos del instinto de conservar las cosas, sino una sociedad que haga la propiedad asequible a todo hombre que quiera trabajar y sepa ahorrar, hasta que no se oigan otras quejas que las de los perezosos y los pródigos, con lo que ya se habría conseguido que nadie se quejase con razón; sólo que todo esto me ha llevado ya lejos de Portugal y las «Lusíadas».

RAMIRO DE MAEZTU.

Monte Estoril, 27 de diciembre de 1922.

(*El Sol*. Madrid).

Nota bibliográfica

CESARISMO TEOCRATICO.—POR CORNELIO HISPANO
(Edic. del Sr. GARCÍA MONGE—1922).

HISPANO, el eminente escritor, nos cuenta, «con motivo de una estatua al señor Rafael Núñez» la labor del cesarismo teocrático en Colombia. Por supuesto, que no se trata de un libro cualquiera, sino de un libro compuesto por alguien que conoce los fines que debe perseguir toda pluma noble, al correr, flamígera, iracunda o apacible, sobre los renglones de una página.

Oigamos a Hispano: «Hablar de religión entre nosotros es casi tocar a rebato, porque aquí la religión no atañe exclusivrmente a la conciencia de cada cual, como sucede en todos los países civilizados del mundo; esa palabra en Colombia tiene timbre guerrero, y con ella en los labios, en nuestros ubérrimos campos, se han librado las más sangrientas batallas». Es verdaderamente doloroso ver cómo esa teocracia cesarizada hizo correr la sangre de aquellos a quienes socarronamente llamaba sus hermanos. Ante tan triste pasado «deben callar las pasiones, pero no la Verdad y la Justicia». Y ya que «la marcha de las sociedades es inexorablemente lenta», quedaba revoloteando la esperanza, entre las almas, pues «repentinamente no pueden cambiarse las ideas, costumbres y preocupaciones de los pueblos...; el mismo cristianismo tardó cuatrocientos años en establecerse en Roma como religión oficial, y... el paganismo, vencido para siempre, al parecer, en el siglo IV, no quedó bien muerto, y renació, más radiante aún, diez siglos después, para ya no morir nunca, y antes vivir y reinar eternamente en la filosofía, en las artes y en las letras, mientras la civilización del mundo tenga por mira la dignidad humana».

En todo el librito, Hispano considera, hábil y puramente, la labor de Rafael Núñez y sus colegas, quienes ignoraron que «una nación es un alma que vive en el pasado, una voluntad común en el presente y un acervo de esfuerzos, de desgracias, de errores, de faltas y de sacrificios para el porvenir»; además, «ignoraron que la tolerancia es el fruto más maduro de la más perfecta cultura».

Núñez, a quien el teocratismo colombiano exigía una estatua, «no tenía espada ni palabra, dos armas decisivas en estas democracias tormentosas». ¡Oh, la visión de tal teocratismo!

Interesa bastante esto del buen escritor colombiano: «las religiones, en todos los tiempos, han sido y son mujeres, de las cuales puede lograrse todo con maña y lindas razones, pero que no conceden nada a la fuerza, y menos con grosería...; el sentimiento religioso de todos los pueblos es cosa sagrada, por lo cual en los labios de todo verdadero liberal deben ser miel las palabras de Plinio: *Si vais a Atenas, respetad a los dioses*».

«Cesarismo Teocrático» hace pensar, y por esto, es buen libro.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 17-XI-1922.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

El paraguas como un accesorio del teléfono sin hilos

Por ROBERTO GACHE

He ido por fin a comer a casa de mi amigo Anselmo Portela, empeñado desde tiempo atrás en mostrarme a su flamante mujer en la intimidad. Margarita me ha parecido muy simpática y muy interesante, a pesar de que nuestra intimidad no ha pasado, cómo es natural, del comedor. Yo, de sobremesa, invité al teatro a la feliz pareja, pero mi amigo Anselmo, sonriendo con cierta rara expresión de suficiencia, me dijo que ellos ya no iban nunca al teatro, porque habían llevado a su misma casa los mejores espectáculos de la ciudad. Explicándose mejor, me informó que había instalado en su dormitorio una estación de telefonía sin hilos. La pareja, sin necesidad de salir de su casa a desafiar los fríos de la calle, se acostaba todas las noches a las diez, y muy reposadamente, entre las batistas y las puntillas del lecho nupcial, con los teléfonos sujetos al oído a manera de gorro de dormir, oía a voluntad las óperas y operetas que se representaban en la ciudad. Era en verdad una versión modernísima de la clásica luna de miel.

Invitóme Anselmo a experimentar por mí mismo aquella maravilla y, por primera medida, me dió un periódico del día para que eligiera el espectáculo de mis preferencias. Me decidí por «Parsifal», aunque Margarita, con su gran sentido práctico, observó que esta ópera era más indicada para oirla desde la cama.

—Es cuestión de un instante—dijo Anselmo. Y empezó a tocar llaves y aparatos para dar con la onda del Teatro Colón. Entre tanto teníamos los receptores sobre las orejas. Oímos por lo pronto un rumor confuso y múltiple, donde nos empeñábamos en hallar la voz de Anfortas con el ansia con que un pescador busca una mojarra en un banco de tiburones. A veces parecía señalarse algo así como el rumor de una orquesta, pero muy pronto un silbido largo y penetrante lo cortaba con grosera insolencia. Anselmo aseguró que era la onda de Honolulu, famosa por su fuerza, que andaba fastidiando. Lejos de incomodarnos, nos sentimos por cierto halagados por esta familiaridad con una onda tan importante. Al fin se dejó oir, claro y preciso, un agudo de «Parsifal» y luego empezó el dúo con Kundry, maravilloso, arrebatador. Pero al poco rato volvió a meterse en medio la onda de Honolulu y ahora no hubo manera de sacársela de encima. El dúo de «Parsifal» y Kundry se convirtió así en trío, con el concurso de la onda de Honolulu. Anselmo bramaba indignado; Margarita en cambio aconsejaba batirse en retirada, cambiando de espectáculo Decidimos entonces pasar de la ópera a la opereta y buscamos por los aires a la «Duquesa del Bal Tabarín», que se estaba representando en otro teatro. Al fin la encontramos en pleno vals. Debo declarar, que la onda de Honolulu no se metió esta vez con nosotros, ocupada sin duda en molestar a los aficionados de otros países. Oímos, pues, cómodamente el vals y comenzaba ya la famosa aria de las campanillas cuando una voz desconocida nos preguntó si estaba lloviendo en Buenos Aires. Le respondimos que no estaba lloviendo y le rogamos cortesmente que nos dejara en paz. Pero a los pocos minutos volvió a hablar para decirnos con todo misterio que en Baradero estaba lloviendo. Nosotros le agradecimos el dato y le invitamos una vez más a que dejara de fastidiarnos. Así entramos por fin al tercer acto, cuando de pronto, en inexplicable cambio, pasamos del vals de la «Duquesa» al «Encantamiento del Viernes

Santo». Estábamos de nuevo en «Parsifal».

Contentos con el cambio, nos hallábamos sumidos en el más dulce misticismo musical, cuando la onda de Honolulu, de vuelta quizá del desierto de Sahara, comenzó otra vez su papel de aguafiestas. A fuerza de mover desesperadamente cuanto aparato hallamos a mano conseguimos ponerla al fin en fuga; pero, apenas libre de ella, la voz misteriosa habló de nuevo para anunciarnos que en San Nicolás llovía desde hacía una hora. Nosotros, ya de mala mala manera, le respondimos que el mismo diluvio universal nos tenía sin cuidado, pero la voz, sin perder su irritante calma, nos dijo que no estaba hablando con nosotros sino con el Observatorio Astronómico de La Plata.

A todo esto, eran las doce de la noche, me encontraba aislado en una calle remota de Belgrano y había, efectivamente, empezado a llover a cántaros. Era inútil buscar con aquel tiempo ni coche ni automóvil. Salí hasta la puerta, a esperar un tranvía, pero Anselmo me dijo que, en su opinión, no habiendo ninguna vía cercana, difícilmente pasarían tranvías por delante de la casa. Es curiosa la facilidad con que los tranvías se habitúan a un recorrido dado, del que no es posible sacarlos más. Si un tranvía empieza a pasar por una calle, puede afirmarse que en el noventa y nueve por ciento de los casos seguirá pasando por allí durante varios años, con o sin necesidad. En cambio, cuando no ha cruzado por un sitio dado, es seguro que nunca lo cruzará, aun cuando se le llame con toda urgencia. Era inútil, pues, que esperara en la puerta de mi amigo, viendo caer la lluvia. Podía quizá darse el caso excepcional de un tranvía extraviado que pasase por casualidad, pero ello importaba a la verdad entregarse al azar con demasiada ingenuidad.

Anselmo, contra toda su costumbre, tuvo entonces una idea, lamentándose de no haberla pensado antes. «En la plaza del Once, me dijo, hay una gran cochería de un conocido mío, aficionado como yo a la radiotelefonía. Será sencillísimo pedirle por radio un coche». Y acto seguido tocó tres o cuatro llaves y una onda partió valientemente desde Belgrano, bajo la lluvia, hasta la plaza del Once, en busca de un coche para mí. Algunos minutos pasaron; la onda de Honolulu se cruzó tres o cuatro veces y el señor de la lluvia volvió a asegurarnos que en San Nicolás seguía lloviendo. Por fin, entre todas las voces, se destacó una que nos pareció de marcado acento cocheril. Encantados con el hallazgo rogamos a la voz que nos enviara cuanto antes el coche que necesitábamos. Pero la voz, con gran amabilidad, nos declaró que, en su opinión, su coche no podría llegar antes de tres o cuatro días, puesto que hablaba desde Mar del Plata.

Las horas iban pasando y Margarita, entre bostezos, comenzaba visiblemente a echar de menos el lecho nupcial. Mi situación se hacía de momento en momento más trágica e insostenible, ya que la onda de Anselmo, paseando por todos los países de la tierra, no acertaba a detenerse en ninguna cochería. Decidí, pues, salir yo mismo en busca de un vehículo, encaminándome, desde luego para más seguridad, a la cochería del amigo de Anselmo. Así, bajo el agua, con el capricho furioso de aquel coche, atravesé a pie Palermo y la Recoleta, crucé Callao, pasé sin detenerme frente a la puerta de mi casa, seguí por Rivadavia y llegué a la plaza del Once como llegan a su fin los hombres de carácter. Allí encontré la cochería y el coche prometido. Desde lejos, entre las luces de los relámpagos, distinguí sobre la azotea de la casa los hilos característicos del teléfono sin hilos. Diez minutos después, ya de vuelta, me detenía por fin en mi casa, mojado, pero en coche.

De esta relación de mi aventura, resultan, pues, probadas las siguientes conclusiones:

1º—Para oir «Parsifal» por teléfono sin hilos debe empezarse por el vals de la «Duquesa del Bal Tabarín».

2º—El paraguas es un aparato complementario del teléfono sin hilos.

(*La Nación*. Buenos Aires).

Dedicatoria

Don Ramón del Valle-Inclán ha tenido la gentileza de enviar a D. Alfonso XIII un ejemplar de su obra «Farsa y licencia de la reina castiza», que acaba de publicarse, con la siguiente inusitada dedicatoria:

«A S. M. el Rey D. Alfonso XIII. Señor: Tengo el honor de enviaros este libro, estilización del reinado de vuestra abuela Doña Isabel II, y hago votos porque el vuestro no sugiera la misma estilización a los poetas del porvenir».

A. B. C.

Por MARIANO SILVA Y ACEVES

EL HADA CAPERUZA.

Cuando Caperucita Roja salió del vientre del lobo, se transformó en un Hada, porque el lobo era viejo encantador y, al morirse, tuvo que darle su ciencia maravillosa. El manto rojo brilló mucho más, y el jarrito de manteca se convirtió en vara de virtud. Todo lo que tocaba con ella se volvía risueño. No quiso dejar pasar aquel día, tan lleno de emociones, sin llevar a su abuelita a la ciudad a vivir con su madre.

LOS DOS PERRITOS Y EL PERRO GRANDE.

Una vez se encontraron dos perritos y se hicieron amigos. Se pusieron a correr uno tras otro y a jugar con sus colas. Así se divertían cuando llegó un perro grande a quererles enseñar a estar con juicio en la calle, y les empezó a decir un largo discurso que sabía de memoria. Entonces los perritos se fueron acercando a él con cuidado, le mordieron las narices y corrieron con todas sus piernas.

EL REY Y SU GLOBO.

Este era un rey que salía en las noches de luna llevando de una hebra un globo blanco que flotaba en el aire y a través del cual se podían ver pasar las nubes. El rey estaba grande rato viendo su globo y midiendo con él el tamaño de las nubes. Después lo llevaba a otra parte y hacía lo mismo. Cuando la luna se metía, el rey recogía la hebra de su globo y se iba a dormir.

LA SOMBRILLA ABIERTA.

Era una sombrilla de mil colores que puesta al sol brillaba esplendorosamente. En cada uno de sus gajos había pintados muchos cuentos excelentes que suceden en el país de las nubes. Allá subía diariamente la sombrilla abierta y cuando bajaba, en la tarde, los niños, asomados a las ventanas, la miraban venir en el aire, llena de movimientos cadenciosos.

(*La Falange*. México, D. F.)

El historiador de Jesús

POR SIGMUND MUNZ

Viena, 1922.

DENTRO de algunos meses celebrará Francia y con ella todo el mundo civilizado, el centenario del nacimiento de Ernesto Renán. La literatura se anticipa a esta rememoración y en Nueva York se ha publicado un escrito sobre Renán, de Lewis Freeman Mott, editado por Appleton. Hasta ahora no he conseguido examinar esa obra; pero he leído con mucho interés un libro alemán de Walter Küchler, que ha editado en «Gotha», Andreas Perthes. Su autor, que es actualmete profesor de lenguas romanas en la Universidad de Wurzburgo, en Baviera, se trasladará pronto a la Universidad de Viena como profesor. La obra, que pasa de doscientas páginas y se titula «Ernesto Renán, el escritor y el artista», contiene un excelente análisis de la personalidad poética y artística de Renán, y el autor describe, con estilo nutrido en el noble del escritor francés, el desarrollo de la obra filosófica del mismo en once capítulos, titulados: «Desviación de la fe», «La fe nueva», «Patricio», «La vida de Jesús», «María Magdalena, Pablo, Nerón y Marco Aurelio», «Los diálogos filosóficos», «Los dramas filosóficos», «Renán entre Francia y Alemania», «El escritor», «El artista» y «El dilettantismo de Renán».

Küchler caracteriza a Renán no para tomarlo sin todos sus caracteres esenciales, como hicieron anteriores expositores, entre los cuales figuran Bourget, Rod y Brunetiére. El gran francés ha sido juzgado muy distintamente, sobre todo, según la actitud de los autores respecto a la religión; no todos los que escribieron sobre él fueron bastante despreocupados para entregarse al placer de su estilo magistral y su ingeniosa exposición, sin considerar sus convicciones religiosas; no todos reconocieron tampoco que en el gran escéptico, se ocultaba un alma entregada a lo infinito, semicreyente o a lo menos religiosa. El alemán Saitschick lo representó como escéptico, poniéndolo al lado de Voltaire y Mérimée; el francés Parigot lo describió como egoísta intelectual; Bourdeau como maestro del pensamiento moderno; Bourget lo señaló como «dilettante», que debilitaba tanto cada afirmación con hábiles matices, que llegaba a ser otra afirmación. Edmond de Goncourt cuenta en su célebre «Diario», que después de un discurso académico de Renán, se le negó en casa de Alfonso Daudet la capacidad de hacer afirmaciones. Si existe hoy en Francia una personalidad que en cierto modo recuerde a Renán, es Anatole France. Küchler describe a Renán como «la más deslumbradora aparición entre los escritores franceses de la segunda mitad del siglo diez y nueve, como un modelo literario animado de sentimientos poéticos y anhelos siempre más fuertes y conscientes de dar forma artística a las impresiones, conocimientos, ideas, esperanzas y deseos de que estaba lleno».

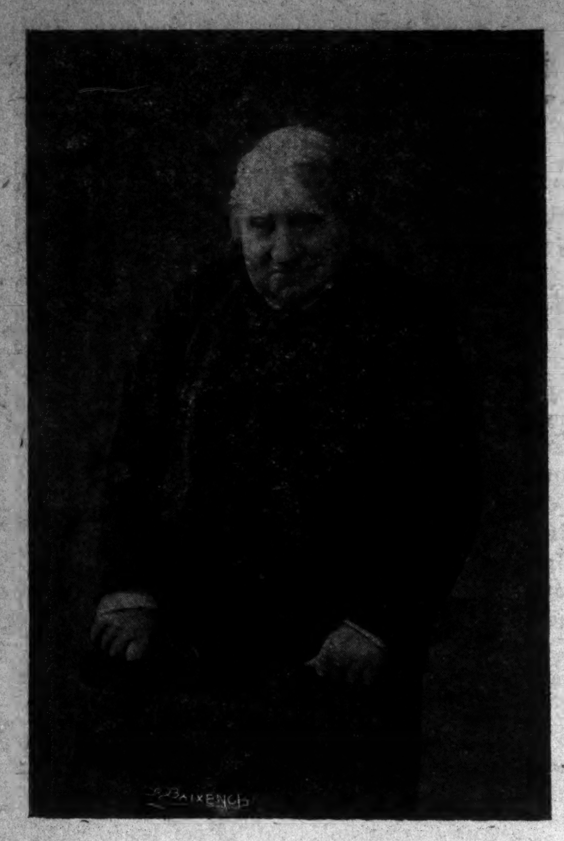
En una época, en la que Francia y Alemania, después de la sangrienta guerra de cuatro años, se miran todavía con recelo, incapaces de olvidar y de ajustar una paz verdadera, es grato que un autor alemán haya escrito una obra que revela entusiasmo por el gran francés, otro hecho feliz como el de haber ido a París Einstein para dar conferencias entre los aplausos de sus admiradores franceses. La historia contemporánea no debe dejar pasar inadvertidos estos sucesos, que parecen ser germen de nueva amistad entre las dos grandes naciones.

Precisamente Renán es un notable ejemplo de que la investigación, la ciencia, la literatura no deben conocer límites en el sentido del estrecho nacionalismo, pues este francés era entusiasta admirador de Alemania, de su pueblo, su ciencia y literatura. Concíbese también que durante los últimos años de la guerra se acallase en lo posible este odio de pequeñez nacionalista, y no menos concebible es que Walter Küchler, el sabio alemán y cultivador de la literatura francesa, insista con cierta predilección en la personalidad de Renán, por cuanto éste está lleno de sentimientos amistosos para Alemania. Renán había roto con la ortodoxia, pero no con el cristianismo; creía ver el verdadero cristianismo en Alemania, donde vivían, según su concepto, las almas en una piedad que reunía la ciencia, la moral y la poesía en verdadera libertad de espíritu. En esto era como su hermana Enriqueta, a la que había dirigido la poética dedicatoria que precede a su «Vida de Jesús». Habiendo la hermana ido a Polonia como educadora, estaba más cerca de Alemania que el hermano y en sus cartas a él celebraba a Alemania como «la tierra de los sueños apacibles, de la especulación metafísica y del estudio de los hombres». Este embeleso por Alemania relaciona a los dos hermanos con una gran francesa, que algunos decenios antes, en su obra sobre ese país, lo había elogiado como «la tierra del individualismo, del entusiasmo, de la profundidad de espíritu, de la universalidad, de la dedicación a lo absoluto, de la investigación de la verdad por la verdad misma». Renán era un joven de veintitrés años cuando escribió a su amigo Cognat las palabras: «J'ai étudié l'Allemagne et j'ai cru entrer dans un temple. Tout ce que j'y ai trouvé est pure, elevé, moral, beau et touchant». Cierta vez llegó a decir esto: «Ah!, si j'étais né protestant en Alemagne. La était ma place». Escribe también en su diario: «Oh, Allemagne, qui t'implantera en France!»

Le llamaba la atención, sobre todo, en Alemania la unión de la profunda religiosidad con el espíritu crítico; a su hermana Enriqueta le pidió que peregrinase a la tumba del filósofo Kant, pues nadie influyó tanto para que renunciase a su proyectada consagración a la iglesia como el alemán Manuel Kant por su definición de la moral y del deber. Kant le dió la convicción de que el fin del hombre no es la felicidad personal sino el perfeccionamiento de la personalidad moral y libre. Su hermana lo afirmó en esta apoteosis del deber hecha por Kant. En esta disposición de ánimo pasó Renán muchos años y ni siquiera durante la guerra franco-prusiana pudo desechar el recuerdo de lo que había dado Alemania a su espíritu y conciencia. Realmente, sucumbió en cierto modo también al influjo del nacionalismo resultante de la guerra de 1870, aunque nunca tomó en él la forma de la patriotería. En años tempranos había escrito: «Je vendrais la France pour trouver une verité qui fit marcher la philosophie», y también en la madurez consideraba lo que se llama patriotismo como un arabesco necesario para el orador, pero no para el hombre de ciencia. Tuvo el valor de «condolerse de los locos y engañados que miran la patria como la única fuente de salvación, y de los soldados que van a morir en la batalla por las frases patrióticas de sus generales». Los actuales bolshevikis, que condenan también la patria y el patriotismo, pudieran apoyarse en Renán, a no haber sido éste un aristócrata del espíritu que rechazaba la democracia y que seguramente hubiera odiado con toda su alma la dominación del Soviet.

Así como admiraba y amaba a Goethe, en quien veía al descifrador y lector de sus propios sentimientos e ideas, participaba también de la cualidad que tienen los escritores alemanes de no dejarse llevar muy lejos por los sentimientos nacionalistas. Los alemanes han reprochado a Goethe, en efecto, que no tenía bastante sentimiento nacional; pero Goethe se mostró más consecuente que Renán todavía; nunca, cuando Napoleón I oprimía tan estrechamente a Alemania, el poeta alemán obscureció su conocimiento de la humanidad por excesivo sentimiento nacional, mientras Renán, a causa de los triunfos alemanes, descubrió en sí el corazón del francés y a veces usó en discursos una terminología que recuerda a Víctor Hugo. Este elogió en una ocasión a París, considerándola el corazón de la humanidad, y Renán escribió: «La France est la première des nations, parce qu'elle est le concert unique resultant d'une infinité de sons divers». Pero no podía dejar el pensamiento de que la raza gala necesitaba una fecundación por la germana.

En el año 1870 recordó el biógrafo francés de Jesús al biógrafo alemán de Jesús; el francés era el gran estilista, el gran artista, y David Federico Strauss, el alemán, era el crítico perspicaz, el teólogo provisto de poderosas armas científicas, cuya obra «Vida de Jesús» fué traducida al francés nada menos que por Littré, el célebre filósofo. A su colega alemán dirigió entonces Renán su palabra para salvar la Alsacia-Lorena o por



ERNESTO RENÁN
Febr. 27, 1823 — Febr. 27, 1923

lo menos evitar una anexión mientras los mismos alsacianos y lorenses no determinasen su propia suerte mediante la manifestación de su voluntad. Proféticamente dijo Renán que Francia no podría tener otro pensamiento que el de recuperar las provincias perdidas, y que con tal objeto apoyaría en el exterior el paneslavismo enemigo de los alemanes, y en el interior atizaría el fuego de los patriotas exaltados; hasta unos años después, en la Academia Francesa se refirió al general del porvenir que traería la victoria a Francia y le devolvería las provincias perdidas. Por otra parte, predicaba a los franceses la superioridad de la escuela alemana respecto a la francesa, la superioridad de la profundidad científica sobre la retórica, la ilimitada libertad de pensamiento respecto al hábito de lo democrático superficial.

Puede dudarse que se obrara con el espíritu de Renán cuando la Francia republicana bautizó un acorazado con su nombre; tenía en su corazón poco para el poder y los potentados; empleó los más bellos colores en la figura de su Jesús y poco bueno consiguió el gran apóstol junto al fundador del cristianismo; Pablo no era para él tanto uno de los fundadores de la religión como el padre de la teología cristiana y, a la vez, el gran conquistador y político. El que representó en Cristo la parte divina de la obra humana pintó en Nerón la parte infernal; para el retrato de Nerón, el anticristo, prodigó Renán todos los colores, no así para la figura de Jesús; allí sabía él dar el color de la luz, el ardor radiante del ideal que domina el mundo, aquí llamea el incendio de Roma, el reflejo de las llamas envueltas en humo y también el frío juego de colores de la perversidad.

Küchler habló no sin pena sobre las vacilaciones que tenía a veces Renán; pero debe admitirse que lo noble y lo filantrópico sobrepujaban en el gran escritor francés a las impresiones pasajeras que lo acercaban a la multitud y lo alejaban del espíritu del mundo.

Séame permitido, al tratar del libro de Küchler, expresar mis ideas particulares sobre Renán. Pocos meses antes de la declaración de la guerra, en 1914, pasaba yo la Pascua y las semanas siguientes en París. Fácil es de comprender que cuando me llevaban mis pasos a la Academia de Francia, pensaba en uno de los grandes hombres que consagraban en su espíritu no a Francia solo, sino a toda la humanidad. Aunque acostumbrado a buscar a los vivos, no tenía en París bastante tiempo para ellos, porque dedicaba mis visitas principalmente a los muertos. ¡Qué riqueza veía de nombres e ideas! ¡Cuánto ha dado París al mundo! ¡Cuánto debemos todos a sus grandes hombres!

Eran hermosos días de primavera que invitaban a ir a los cementerios. Una noble amiga a quien estoy muy reconocido, tenía la bondad de acompañarme en su automóvil a los inválidos, donde está el primer Napoleón, al Panteón, donde descansan los enciclopedistas y predecesores de la gran Revolución, a las tumbas de Voltaire y Rousseau, de Víctor Hugo y Emilio Zola.

Pero en el Pere Lachaise y Montmartre, me dejaba solo para que pudiera entregarme sin molestia al pensamiento en los grandes muertos. Allí encontraba soberanos y príncipes del espíritu, que veía respetuosamente muy lejos y que al mismo tiempo me permitían tutearlos, así como ellos mismos a distancia aun más respetuosa se habían tuteado en otros tiempos con el espíritu del mundo. Yo hacía mil reverencias a Moliere y Lafontaine, Musset, Béranger y Balzac, Thiers y Michelet, Auber, Cherubini y Chopín, Talma y la Rachel, Beaumarchais y Daudet. Y con ninguno tenía tan antiguas relaciones como con Ernesto Renán, el cual, como mi compatriota Heinrich Heine, descansa en el cementerio de Montmartre.

Otra vez, como tantas en la vida, descubrí la insulsez de muchos alemanes, pues muchos eran los que acudían al sepulcro del poeta de Loreley y dejaban por centenares sus tarjetas. Se amontonaban en su tumba, siendo en su mayor parte alemanes judaicos que evidentemente habían perdonado el bautismo al rebelde hacía mucho tiempo. ¡Cómo se habría expresado su astucia, si hubiera despertado de su sueño para ver esta ofrenda especial!

Yo necesitaba visitar la tumba de Ernesto Renán, a quien el danés Georg Brandes llamó el hombre más sabio de la nueva Francia; está en la bóveda del pintor Ary Schefer; se da para entrar el nombre de Schefer y no el de Renán, aunque, para mí y muchos, el nombre de Renán dice infinitamente más que el otro. Me quedo tímido delante de su tumba y pienso cuánto me ha dado a mí y a tantos a cuyas almas solía llegar desde París, en la segunda mitad del siglo diez y nueve, el sonido de esta campana de oro, bello y maravilloso. Era un llamamiento que no pertenecía a ninguna asamblea, que no ha escrito ningún estenógrafo, que ningún diario ha publicado.

Desde lejos había escuchado yo a menudo la voz del sabio francés, que así como se ponía el frac bordado de palmas de la Acamia Francesa, llevaba también la palma de la sabiduría oriental por nuestros países agitados. Ni el ortodoxo piensa hoy apenas en Renán el hereje. ¿Quién no ama a Renán, el artista que arrancó los lirios del paraíso y cubrió también la herejía con la vestidura de oro de la reina de los cielos?

En todas formas lo atraía el sentimiento religioso de la humanidad. La lírica de la religión había hecho vibrar todas las cuerdas de su alma, del alma hermana de la del salmista; había comprendido con igual vigor los tonos arrulladores y seductores del sulamita del alto cántico y los cantos místicos y seráficos de San Francisco de Asís, y había acompañado al espíritu del mundo que anhelaba comunicarse a los hombres en una



ENRIQUETA RENÁN

rebelación religiosa, del Jordán al Tíber, del Sinaí a los valles de la Umbría, de Galilea al lago de Genesaret.

Como francés, europeo y hombre de la cultura occidental, marchaba con el tiempo y oía la voces del presente, que se perdían en la confusión diaria como un filósofo vuelto hacia la eternidad en el oráculo de la religión, al que llegan las voces de remotos siglos en la paz de su pensamiento. Vivía con el espíritu en los sitios donde en otro tiempo habían resonado las suaves armonías de la paz no familiares ya a nuestras agitadas generaciones, que desde los pobres pescadores y artesanos de Galilea había flúido como corriente dorada del paraíso hasta los grandes pintores de Italia, de cuyo pincel sagrado surgía el reino de los cielos en la tierra. Su musa, que era la compañera embriagada de belleza de la musa de Chateaubriand y de Rousseau, llegaba a tal altura, que tras la naturalidad de su estilo no se buscaba ya el arte refinado que en realidad había en él. Es preciso ser muy rico para hacer olvidar la propia riqueza a sí mismo y a los demás; se debe haber aprendido mucho para no alardear de su experiencia y asimilarla al alma; hay que ser muy libre, a fin de no vestirse con la libertad, que ser muy sabio para no llevar tras sí arrastrando su ciencia como una cadena, que ser un gran pensador para volar con el espíritu sobre las letras, un artista para moverse con el dibujo y el color sobre la materia. El dibujo de Renán triunfa sobre su color; sopla sólo el color y como rocío de la mañana cae sobre todas sus descripciones; sus figuras tienen más espíritu que carne; del reino de las sombras no hizo descender las místicas figuras de los Evangelios a la esfera de los hombres vulgares, sino que las elevó en la de los espíritus. Percibía el flúido de la religión por aquellas figuras que con su alma habían dominado de tal modo su cuerpo que hoy sólo nos aparece como ideales con contornos de forma humana. ¿Quién no ha contemplado con emoción las figuras llenas de sumisión que flotan en los cuadros de un Fra Angélico? Así se han impreso en nuestras mentes muchas imágenes sagradas que contempló el vidente Renán al mirar el pasado bíblico.

Paciente, sabio y amable como el rabí Hillel, había aguzado Renán su inteligencia en la inteligencia griega del apóstol San Pablo.

Complacidos vagamos con el escritor francés bajo las palmeras y terebintos, las higueras y almendros de Judea y soñamos con él en un reino de Dios en la tierra. Que nos lleve a las azules colinas de Moab o a los bajos de la orilla del Mar Muerto, siempre están los castos velos de la mañana y de la púrpura del crepúsculo sobre sus paisajes de la Biblia. También pintó con la misma sencillez los retratos bíblicos.

Era ya hijo del mundo cuando estaba en el seminario de Saint-Sulpice y aun era sacerdote cuando hacía mucho que había vuelto las espaldas a la teología; el sacerdote y el hijo del mundo aparecían en él. Edificador y edificado, no estuvo nunca propiamente lleno de unción; llevaba la iluminación en el corazón, pero no se ufanó nunca como un iluminador profesional o asalariado; tenía convicciones, aunque no instaba al lector a aceptarlas. En los últimos decenios de su vida se acogía de buen grado a la fórmula del diálogo platónico, para refutar así su propio pensamiento con más espíritu todavía con que lo defendía, y poder representarlo con más espíritu aún con que lo impugnaba. ¿Para qué superar al adversario? ¿Por qué no combatirlo? ¿Por qué descubrir las dos almas primero en el mundo y no en el propio pecho?



TREGUIER: La casa (a la derecha) en que nació Ernesto Renán

Era un aristócrata del espíritu y como tal amaba los grandes espíritus de todas las épocas, con quienes mantenía una relación personal, más que fantástica o de sombra. El Nazareno, el mendigo de Asís... al lado de estas augustas apariencias vagaba él en el bullicio de París, que le daba aún mayor soledad. Entre los vivos amaba más a los pobres de espíritu que a los semicultos, y también en las naturalezas elevadas buscaba y hallaba cierta sencillez que él, bretón, no había dejado nunca cuando era el muy agasajado huésped de la gran París y de las Tullerías. Estaba tan convencido de que el reino de los cielos pertenece a los pobres de espíritu, que para no sembrar letras ni cosechar mediano conocimiento, hasta habló contra la escuela obligatoria.

No podemos seguir al noble francés en ese terreno demasiado ideal, y reconocemos que la mediana instrucción, aunque es menos que la instrucción, es más que la ignorancia.

Tenía momentos en los cuales le pesaba tanto su cartera de escolar, que se elevaba sobre el fárrago de las letras al éter de un ser espiritual ligero y puro. Y sin embargo, de nuevo despierta en nosotros toda su manera de vivir la representación de un epicúreo que busca y halla las más altas delicias intelectuales en las formas más completas de nuestra cultura. ¿Por qué hay que separar lo uno de lo otro? ¿Por qué no se han de imaginar los inventos de Edison y Marconi en servicio del Todopoderoso? ¿Por qué no se han de llevar los ideales de los apóstoles por los hilos del telégrafo? Quizás se manifieste en la riqueza abrumadora del mundo que nos rodea, como en la persona misma de Renán, la simplicidad bíblica; quizás la suma de detalles que amenaza sumergirnos conduzca a una unidad que es demasiado elevada para contenerse en una uniformidad, y los diferentes partidos y confesiones eclesiásticas encuentren su lugar dentro del gran todo.

Renán se arraigaba con sus estudios e inclinaciones al suelo de Judea: ha sido en nuestros días el intérprete más ideal del espíritu semita en sus formas judía y cristiana. Su vocación de ser expositor del Evangelio, que es un producto del semitismo, hizo que protestara repetidas veces contra ese movimiento antisemita que es más bien un negocio bajo que un reconocimiento filosófico y más que un negocio una vergüenza. Había acompañado al pueblo judío desde el desierto a la Tierra de Promisión y desde ésta al destierro, escuchando las más elevadas declaraciones religiosas del mismo, y él, que era semita en el más alto sentido, no veía con tranquilidad que el populacho bajo la bandera del antisemitismo combatiera en favor de la ignorancia y la vileza en Francia, la tierra de la gran Revolución y de las luces. ¿Por qué hay solamente antisemitas y no antihelenos? Cuando se protesta como antisemita contra los Salmos de David y las promesas del Sermón de la Montaña, hay que protestar también y gritar en masa, como antihelenos, contra los cantos de Homero y la filosofía de Platón: ¡Abajo la religión, que es hija de Judea, y abajo las ideas que son hijas de los griegos!

¡Y qué caída sería que la iglesia, olvidán-

dose de sí misma y de su pasado, ella, que tiene la misión de ser la tesorera en la tierra de los divinos secretos y gracias, se dejase llevar a favorecer ese vergonzoso movimiento! A tan baja obra la incitan ciertos viles demagogos. Quisieran éstos que la Iglesia representara el papel de una vanidosa y mundana judía, que, volviendo la espalda a su progenie, fomentase la aversión a ellos y se hiciese antisemita, pudiendo olvidar que ha sido semita y lo sigue siendo. También en la patria de Renán, se hizo la Iglesia aliada del antisemitismo en los días del asunto de Dreyfus; también entre los laicos de Francia, chapoteaban en el mar del antisemitismo algunos que nada tenían que perder, bajo la dirección de Drumont y del marqués de Morés. En cambio, se dejaron elevar muchos a las alturas puras de Sión con el magnífico cicerone Ernesto Renán, a esas alturas donde se dió la Magna Charta del reino de los cielos. A él fluían el judaísmo y el cristianismo unidos: los principios del cristianismo no eran tanto para él el fin del pueblo de Israel como la historia del pueblo de Israel era el principio del cristianismo. Ha vivido de manera feliz en sus obras, finalmente en la historia del Pueblo de Israel. ¿En qué categoría lo colocaré para las generaciones futuras? ¿Lo llamaré clásico o romántico? Con lo romántico de la patria bretona, se entrelaza el clasicismo de la Biblia.

Era como un fraile del libre pensamiento. Si hubiera un Montecasino o una Gran Cartuja del racionalismo, hubiera entrado en tal claustro nacido del espíritu del siglo pasado, y vestido el hábito del escolapio. Veía en la iglesia a su nodriza y en el escepticismo a su maestro; se puso a resolver enigmas, cuando despertó por la mañana y al llegar la noche sin haberlo resuelto, se refugió en las suaves sombras de la religión. Había querido hablar más a los corazones que a las inteligencias; era su más alta ambición escoger en sus propias obras bastantes perlas, para ensartarlas y verlas en las manos de las bellas mujeres como rosario de devoción filosófica.

Las mujeres lo amaban, lo acompañaron a esta tumba y esparcieron perfumes y nardos en ella. Su patria, Francia, y todos los Estados del Mediterráneo, donde la religión celebró sus más altos triunfos, se lamentaron a su muerte del esclarecido ciudadano del mundo.

Si lo que parece sin vida vive, a la noticia de su muerte correría aún más triste el Jordán por su lecho, los cedros del Líbano susurrarían con pesar que había muerto un príncipe del reino de los espíritus, volarían canciones fúnebres sobre los sauces y los arroyos de Babel, se amontonarían gentes en el Sinaí y el Monte de los Olivos, el mismo cielo lloraría por el hijo amado que había entendido su lenguaje como pocos en sus días. Y el genio de Sión tocaría las cuerdas y lanzaría al revelador poético de las revelaciones, que murió y será inmortal, la «¡aleluya!».

(La Nación. Buenos Aires).

Las hermanas tutelares

ENRIQUETA RENAN

(A través de la correspondencia fraternal, de 1842 a 1845).

I

La correspondencia epistolar sostenida entre Ernesto y Enriqueta Renán, desde 1842 a 1845, estando él en Francia y ella en Polonia, abarca el período capital de la vida del gran escritor: el de su ruptura con la Iglesia. La elaboración de aquel dramático proceso en el espíritu del seminarista está contenida en esas cartas que retratan sus estados progresivos y constituyen un documento inapreciable para la historia de su pensamiento. Pero el drama tiene dos personajes, y el segundo aparece tan profundamente vinculado a todas sus alternativas, que si por una de esas circunstancias comunes que dejan lagunas insalvables en la biografía de los grandes hombres, no hubiésemos conocido su voz, retrocedería, acaso, hacia una penumbra misteriosa, prolífica en sugestiones contradictorias, la figura del protagonista, hoy clarísima a la luz del epistolario fraternal.

Dotada de heroica voluntad y consciente de la abnegada misión que la vida le imponía, Enriqueta Renán, sacrificándose por la madre y el hermano pequeño, dejó su hogar y su tierra bretona a los veinte años. «Ser útil a quienes amo, consagrarles todas mis fuerzas, reservarles todas mis afecciones, tales son los primeros móviles de mi vida, el interés que nunca olvido y que vuelvo a encontrar, con la misma vivacidad, bajo todos los climas»—léese en una de sus cartas. Maestra en París, primeramente, donde sufriera el aislamiento de las grandes ciudades, y luego, durante ocho años, institutriz en Polonia, sólo el amor a los suyos, auxiliado por la energía de un carácter viril y la convicción de un alto deber, pudo darle, en verdad, fuerzas suficientes para sufrir la soledad y la expatriación. Era doce años mayor que Ernesto, y al partir para Polonia lo había dejado en el seminario de París, del cual pasó más tarde al de Issy. El proceso espiritual de la conversión del futuro historiador religioso, en el momento crítico que definiría su vida, se produjo, pues, durante la ausencia de Enriqueta. Pero la enorme distancia estrechó aún más sus almas, como lo demuestra esa correspondencia sin la cual no hubiesen podido vivir: «Releo y abrazo una vez más tu carta, mi bueno y mil veces querido amigo, esta carta esperada largamente y recibida al fin con tan viva alegría. Mi corazón sólo existe en mi correspondencia; cuando le falta este alimento, mide con duplicada amargura la inmensa soledad que le rodea...» «Adiós, mi buena y querida Enriqueta; aun cuando nos separase todo el universo, yo no te amaría menos, tu pensamiento no estaría menos presente en mí, a cada instante...»

Al ritmo común de sus corazones respondía, asimismo, el de sus espíritus. Pero la vida había impreso ya una diferencia de tonalidad en el de Enriqueta, y el unísino perfecto no se produjo hasta más tarde. La joven bretona que antes de alejarse del hogar acariciara la idea de recluirse en un convento, había perdido su fe católica en los caminos del mundo, lo que no autoriza a pensar que hubiese dejado de ser cristiana. La vocación eclesiástica del hermano sorprendióla, pues, en una disímil posición espiritual, agravada por la expatriación, que no le permitía auscultar el pensamiento del seminarista sino a través de sus periódicas confesiones epistolares. Nunca, empero, hizo uso de la ascendencia que ejercía sobre aquél, para desviarlo de su senda. Con maravilloso tacto que da pruebas de admirable sensatez y con una serenidad sin tropiezos que exalta su actitud a nuestros ojos, ahora que conocemos las inquietudes que atormentaban su vigilancia maternal, estimuló el desenvolvimiento del espíritu crítico del hermano, procurando que, antes de la decisión irrevocable, advirtiera él, por sí mismo, qué había de espejismo y qué de convicción en su resolución vocacional. «Mi primer deber, mi primer deseo, es dejarte en plena libertad para todas tus decisiones... Yo te diré todo aquello que me parezca merecer tu consideración: tú permanecerás luego enteramente libre para decidir lo que quieras; yo no he comprendido jamás a los consejeros que se disgustan si no se siguen sus pareceres». Nada más claro, para definir su conducta, que esas palabras que traduzco de una de sus cartas.

II

El amor al estudio y a la reflexión llevó a Renán, adolescente apenas, a vislumbrar, en la carrera eclesiástica, el refugio que soñaba. Sus primeras cartas del epistolario fraternal lo expresan sin reserva; pero se advierte inmediatamente la confusión de su espíritu: la tendencia a una vida retirada y tranquila tomaba en él las apariencias de vocación religiosa. «He creído descubrir con certeza—escribía a los 19 años, desde el seminario de Issy—que no estoy hecho para vivir en eso que vulgarmente se llama mundo, o sea en círculos y salones. Es preciso tener para ello todo lo que no poseo, y todo lo que tengo es allí completamente inútil. Por otra parte, mis gustos lo rechazan. Yo no he nacido para frivolidades y tonterías, y he creído notar que ese mundo, puesto que hay que llamarlo así, componíase de ellas... Semejante vida, en la cual no se piensa ni reflexiona ni se vive un momento consigo mismo, es pues, incompatible con el fondo de mi ser. Esto sentado, debo mirar como cerrada para mí toda carrera que

no sea de estudio y de meditación. La cuestión, por tanto, es bien simple, y fácil la elección; además, la sublimidad del sacerdocio, cuando se lo mira con altura y sinceridad, me ha impresionado siempre. Aunque el cristianismo no fuera sino una fantasía, el sacerdocio no dejaría de ser un tipo divino».

Cuatro meses después, insistiendo sobre su inclinación a «une vie toute privée», pero reconociéndola egoísta, volvía a considerar su salvación en el estado eclesiástico. «El sacerdote es el depositario de la sabiduría y de los consejos, el hombre del estudio y la meditación, y con esto el hombre de sus hermanos. Esa mezcla feliz de vida privada y pública, de soledad para sí, de sacrificio hacia los otros, constituiría para mí el bello ideal de la vida dichosa y perfecta».

Así lo creía, desde las aulas, el joven estudiante, ilusionado por aquel ambiente de recogimiento donde, ávido de saber, abrevaba insaciable en los manantiales de la cultura. Pero en su explicable ofuscación no sospechaba la insalvable incompatibilidad que en un espíritu esencialmente crítico como el suyo sobrevendría al someterse a la disciplina teológica, o sea al hallarse frente al dilema entre la fe y la razón. Desde sus primeras cartas, por cierto, asoman los adversarios, y con relieves tan individuales, que asombra la inadvertencia con que el seminarista fluctuaba entre ambos. La filosofía, abriéndole panoramas imprevistos, fué para él como una revelación. Con su estudio —comunicábale a Enriqueta—se progresa tanto en un año como el género humano en un siglo. «Se ve a las cosas de un modo tan diferente, se reconocen tantos prejuicios y errores allá donde no creía verse sino a la verdad, que se estaría tentado a abrazar un escepticismo universal»... Y terminaba encargando a la hermana una peregrinación a la tumba de Kant. Al mismo tiempo, el estudio del hebreo pulía en sus manos el arma demoledora...

El dilema fué previsto, en cambio, por Enriqueta. Desde el primer momento, angustiosamente, tuvo ante sus ojos el drama inevitable, y adivinando que la única salvación estaría en dilatar la irrevocabilidad de una decisión prematura, tomó por aliado al tiempo. Su corazón maternal abrió las alas tutelares con íntima esperanza. Y comenzó su obra con exquisita diplomacia...

«Tu carta, Ernesto mío—escribíale, contestando a la primera en que el seminarista confesaba sus propósitos—es el objeto de mis continuas reflexiones, desde que la he recibido. Involuntariamente me estremezco leyendo las cuestiones que se agitan en tu espíritu, y al pensar que estás librado a esos graves pensamientos en una edad en que la vida es, por lo común, indiferente y frívola. Sin embargo, a pesar de toda mi ternura por ti, no puedo sentirme sino feliz, al verte encarar seriamente lo que tantos otros juzgan con ligereza u obedeciendo a las pasiones de su corazón. Sí, mi buen amigo, los primeros estrenos de la vida tienen una influencia, a menudo irreparable, sobre toda la existencia, y yo lo sentía profundamente cuando, sin cesar, te pedía reflexiones sobre esta verdad. Se toman por gusto innato las veleidades que ofrece un adolescente de catorce a diez y seis años, sin pensar que el hombre de diez y seis y aquel de treinta años son dos seres casi diferentes»... La carrera eclesiástica, ¿no está, como todas, sujeta a jerarquías? ¿Puede el sacerdote disponer de sí mismo? ¿No está obligado, acaso, a seguir la dirección que le fijen sus superiores? «Te lo repito, amigo mío, no te formulo aquí sino proposiciones: ¡que tu razón y tu conciencia puedan ayudarte a resolverlas! He vivido bastante, te amo como un corazón devoto sabe amar, y, en consecuencia, me abstengo de aconsejarte en esta circunstancia. Si anteriormente hubiese dependido de mí guiar tu carrera, yo no me hubiera contentado con dejarte una libertad completa, pues tú no eras todavía sino un niño, considerando necesario resistir mucho tiempo, antes de ceder a los gustos que manifestabas. Hoy obro en forma distinta, porque te creo dotado de una razón superior a la de tu edad y siento que es preciso que tu determinación nazca únicamente de ti y no de convicciones ajenas. Pero, mi buen Ernesto, este es un motivo más para suplicarte que no te apresures en un asunto de tal importancia. Espera a ser hombre y capaz de juzgar tanto lo que rechazas como lo que aceptas. Aun cuando persistieses en tus actuales opiniones, ¿no te sería siempre necesario adquirir la experiencia de la vida antes de encargarte de conducir en ella a los demás?» Y en una carta posterior, condensando en una frase su dolorosa experiencia personal, respondía a los ensueños del hermano: «Una vida de soledad para sí, de consagración hacia los otros, de independencia con respecto a todos, sería, ciertamente, la realidad de los sueños de un alma generosa; desgraciadamente, no existe sobre nuestra tierra. La independencia, el primero de los bienes, es, por sí sola, una brillante quimera...»

III

El drama estaba planteado, un drama íntimo, sin pasiones, sin gritos, sin acritud polémica; el drama de dos almas estrechamente unidas a un destino común. Las cartas se suceden; las argumentaciones de ambas partes se entrecruzan, siempre serenas, delicadamente conducidas por exquisita discreción. Al leerlas, dijérase que los actores se corporizan y hablan... Sí, esas cartas, más que escritas, habladas, fueron, acaso concebidas en voz alta, como con una secreta intención de que al leerlas sus respectivos destinatarios evocaran la voz ausente, cuyas vibraciones, grabadas en el alma, inseparables de la correspondiente imagen moral, despertarían con el recuerdo del ser querido, vivificando las palabras. También a nosotros parécenos que se hace perceptible la voz que flota sobre cada una de esas cartas, al modo ideal de la armonía latente que conserva, en su reposo, el cordaje de un arpa. Surgen de las páginas acentos trémulos, cálidos, tímidos, persuasivos, sollozantes; y algunas frases parecen estereotipadas por las modulaciones...

Debatiéndose con su propia confusión y las advertencias de la lógica fraternal, el seminarista continuó insistiendo en su propósito, vigorizando, a veces, su debilitada posición, con argumentos tan sugerentes como este: «Leo ahora con placer extremo las obras filosóficas de Malebranche, el más bello soñador y el lógico más terrible que jamás haya existido. Encuentro en ellas una doble alegría: Malebranche era sin duda un atrevido pensador, y sin embargo era sacerdote, más aún, miembro de una congregación religiosa, y vivió tranquilo en una época en que el concurso de la autoridad secular y el espíritu del siglo concedían mayores exigencias y mayor poder a la autoridad eclesiástica». Buscaba ejemplos, como se ve, para justificar su causa, y al mismo tiempo, como lo atestigua su correspondencia, aplicaba su espíritu de análisis a la teología dogmática, rebelándose contra las sutilezas eclesiásticas. El peligro evidente para Enriqueta consistía, pues, en que al avanzar en su carrera y comprometerse más a cada nuevo paso, llegara un día el honrado seminarista a sacrificarse en aras de una deuda moral, aun advirtiendo intelectualmente su falsa posición. Por otra parte, la conquista de una situación económica identificábase en su ánimo a la conquista de un sereno refugio espiritual; y la ilusión de la madre que soñaba verlo sacerdote, contribuía, además, a no desviarlo de la senda iniciada. Sólo Enriqueta, desde lejos, vió los hilos secretos de la trama; sólo ella, sobreponiendo su amor fraternal a toda consideración que no fuera la felicidad del hermano, podía hablar, y habló, con su acostumbrada delicadeza y rectitud, en todo momento. «Que ninguna consideración sobre el interés de tu familia

pueda detenerte; yo te ruego no exponer la dicha de tu vida entera para calmar los temores de tu buen corazón»—escribíale en 1842. Y le escribía en 1845: «Antes de avanzar en tu carrera, antes de dar un paso irrevocable en tal camino, es necesario, como tú mismo lo sientes, que toda influencia extraña cese de actuar sobre tu espíritu y que tu determinación sea el resultado de una voluntad iluminada y libre».

La duda, incontenible, absorbente, hizo al fin presa del estudiante. Las cartas en que Renán se refiere a ella conmueven por la sinceridad de su acento y la angustia que reflejan. La proximidad de la tonsura turbó su alma, obligándolo a pedir un nuevo plazo: «El vínculo que se me proponía no era irrevocable, no era un voto, sino una promesa; pero una promesa hecha sobre el honor y la conciencia, una promesa hecha a Dios, y por tanto, muy semejante a un voto». Trasladado al Seminario de San Sulpicio, en París, tiempo después, sometióse a la ceremonia, siempre con el alma torturada. «La duda seguía mis pasos hacia el altar; era la ciencia, que yo llamaba el demonio», escribiría más tarde en una página magnífica de «L'Avenir de la Science». Un nuevo compromiso, mucho más serio, el subdiaconato, arrancóle otra confesión de su estado de alma. «El primer paso que se me presenta ahora — escribía en 1844 — será definitivamente irrevocable; felizmente no tendrá lugar sino dentro de un plazo distante, cuyo «strict minimum» es un año, pero que, según creo, se extenderá más. No puedo pensar en ello sin temor, y cuando recuerdo las angustias del pasado, ¡Dios mío, Dios mío!, me grito, aleja de mí ese cáliz. ¡La vacilación es tan cruel cuando tiene por objeto una decisión que pesará sobre la vida entera! Que se cumpla, entretanto, su voluntad, y no la mía. Tú me sostendrás, ¿no es cierto, Enriqueta, asegurándome al menos que me amas?»

Entre sus dudas no podía incluirse la respuesta al amoroso llamamiento. «¡Qué razón tienes de volver hacia mí tu pensamiento—contestábale ella—cuando te sientes oprimido por el dolor! Es probarme que has comprendido cuánto te amo y devolverme con usura todo lo que te he dado». Leyendo clara y profundamente en el corazón del hermano, aconsejábale abandonar por un tiempo la atmósfera del seminario y ponerse en contacto con la vida, para robustecer su determinación libremente, y escribíale estas heroicas palabras: «A una de tus madres consigues persuadirla de que eres feliz; pero la que en este momento llora contigo tan dolorosamente, ¿no merece también, que levantes tu ánimo dedicándole un recuerdo? Reanímate, pues, Ernesto mío, pensando que no estás solo en el mundo, que tienes para compartir todas tus penas y aliviarlas en lo que pueda a una hermana de la cual serás siempre el más querido consuelo. Yo he desempeñado en todo esto el triste papel de una Casandra; yo preví, yo predije la cruel incertidumbre que te abruma; nadie quiso creerme y yo sola no podía resistir»...

El drama tocaba su fin. El 11 de abril de 1845 comunicó Renán a su hermana, en una carta que constituye un noble documento humano, que la carrera eclesiástica había cesado de sonreirle. La iglesia perdía un soldado; el Cristianismo lo ganaba: «Lo amaré, lo admiraré siempre; él ha nutrido y alegrado mi infancia haciéndome lo que soy; su moral, quiero decir, la del Evangelio, será siempre mi regla... Jesús, sobre todo, será siempre mi Dios. Pero cuando se desciende de este cristianismo puro que, bien entendido, no sería más que la razón misma, a las ideas mezquinas y estrechas, a toda esa mitología que se desmorona ante la crítica... Esta es la única causa que me aleja del sacerdocio. Humanamente, todo en él me sonreía; la vida que impone no sería muy distinta de la que en cualquier caso llevaré; abrazándola, estaría seguro de un porvenir enteramente conforme a mis gustos. Todas las circunstancias parecen reunirse para facilitarme el camino, y hasta puedo decirte que disfruto de una reputación comenzada que me liberaría, estoy seguro, de la insípida vulgaridad... Pero es preciso que todo ceda al deber. Sólo mamá desgarra mi corazón; para esto no hay remedio».

Enriqueta contestó con palabras que demuestran una vez más, las cualidades superiores de espíritu y de corazón que hicieron de ella una mujer excepcional. Difícil sería elegir entre aquellas palabras, como entre todas las suyas, aun si fuera posible seleccionar, propiamente dicho, en esta correspondencia que he ido reduciendo a su expresión más descarnada. Asomémonos, empero, a su alma generosa, en la hora de su triunfo, con las siguientes: «Ernesto, para encontrar consuelo en tu situación actual, piensa en el destino de un hombre honesto a quien un vínculo irrevocable obliga a enseñar, a imponer aquello que su razón y también, acaso, su conciencia, no le permiten admitir. Esta desgracia podría ser la tuya. ¿Podré yo agradecer bastante al cielo por haberte preservado? Sé, pues, animoso. Tu senda es espinosa, pero a cada paso, como al iniciarla, encontrarás el corazón, la ternura, el apoyo de tu hermana, de tu primer amiga, de aquella que, después del deseo de verte feliz, no tiene otro más vivo que el de conservar una gran parte en tu amistad. Que esta idea arraigue en tu cariño; que yo vuelva a encontrar siempre en ti lo que hasta ahora me has dado; y olvidaré así muchas lágrimas vertidas y encontraré todavía muchas esperanzas, muchas compensaciones en el porvenir».

No se engañaba. Cinco años más debía sufrir ella la soledad en tierra extranjera, cinco años durante los cuales continuó siendo el genio tutelar del hermano, en ásperos caminos. Pero al cabo de ellos volvió a Francia y reunióse con Ernesto para no separarse jamás. Se iluminaba su horizonte...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

(*La Prensa*. Buenos Aires).

Las vidas ejemplares

DON JUAN ALVAREZ

VENIMOS a hacer justicia a un gran mexicano, a una de las figuras más limpias de nuestra historia. Vivió bajo la dictadura sin que jamás se prestara a adularla y llegó el momento que su integridad y sus virtudes lo llevaron a ponerse al frente de esos oleajes arrolladores y purificantes que constituyen las revoluciones. Supo de triunfos, pero no llegó a embriagarse de mando; conoció la victoria, pero sin mancharse con la crueldad; tuvo poder y lo empleó para el bien, y así que no pudo hacer más beneficios, entregó el mando a los mejores, a los que él creyó que servirían con más eficacia a la patria.

¡Qué pocos mexicanos han respondido cuando la ocasión los llama irresistible de tentaciones: «yo no, porque hay otros más aptos»! Ejemplo tantas veces olvidado, él sólo bastaría para acreditarlo como un patriota auténtico, y para hacerlo digno de esta tumba, de gloria que hoy le dedica la República.

Digna de ti que te marchaste pobre, donde otros habían sacado tesoros; porque te volviste humilde y sólo, después de que miles de hombres obedecieron tu voz: digna de ti esta sencilla apoteosis, acaso tardía; pero por eso mismo sublime y pura.

Tu memoria retorna de la muerte y se hace presente a los hombres del día que procuran deshacer el caos de los sucesos, para representarnos la historia de nuestra patria como una sucesión de luminarias distantes en medio de las más densas sombras, y de la gran luminaria de la Reforma, tú fuiste la primera llama, y después parecía que tu gran corazón seguía emanando virtudes, porque tu desinterés se volvió colectivo y se hizo el rasgo común de los patriotas de tu tiempo. Desinterés y pasión generosa es la Reforma y tú apareces como el abuelo augusto de quienes otros aprendieron a ser grandes, y así como entonces conmovió su presencia, ahora también tocas al pecho de esta generación ardiente y confusa que ha luchado por la libertad, ha sufrido por la justicia y se debate en las ansias del progreso, que le permitirán conquistar por saltos un puesto avanzado en el ideal, un puesto avanzado siquiera en el pensamiento, ya que la negra realidad sigue postrada y se agita apenas, no obstante la gran sacudida de las almas.

Tu recuerdo nos conmueve, porque la nuestra es continuación de aquella gran sacudida social de la Reforma. Restablecer la libertad que se conquistara entonces, fue el anhelo primordial de la revolución de la última década, y si es cierto que actualmente preocupa el vasto problema riqueza, no por eso es desdeñable la acción de nuestros padres los liberales, acción profunda para la época, a tal punto, que bien confusos nos hallaríamos si uno de estos ilustres desaparecidos nos interrogaran diciendo: ¿dónde están las leyes contemporáneas que pueden compararse en trascendencia económica con las leyes de desamortización de don Benito Juárez?

Además, los problemas actuales todavía no los hemos resuelto, y en cambio los hombres de aquella época supieron resolver los suyos. He aquí por qué siempre tendremos que derivar de ellos la eterna enseñanza que formularon, por el hecho de llevar a término sus convicciones completas. Eso es lo que tienen de más grande los jefes de aquella generación: lo que pensaron, lo dijeron, y lo que dijeron lo hicieron. En su sinceridad hallaron su fuerza; abnegadamente consumaron su obra, y lo que fué para ellos sencilla expresión de la verdad de sus almas, se mira a distancia como una obra sublime.

Dichosos los que saben poner en ejecución su pensamiento entero: con solo esto ya se logra fama eterna, y se crea un modelo de donde siempre irradia potencia para creaciones nuevas.

Por eso sentimos, al recordar este personaje intachable, una especie de confortamiento que nos mueve hacia adelante, y un deseo de cumplir como él cumplió, con toda nuestra misión presente, misión que es distinta y acaso más compleja; pero que sólo podrá cumplirse, lo mismo ahora que antes, con desinterés, pasión, verdad; ni egoísmo, ni tibieza, ni mentira; nada de eso tuvieron los reformadores, y la generación que ambiciona igualarlos, deberá tener presentes esas mismas virtudes fundamentales antes que ningún otro propósito, y antes que ningún otro credo.

Sin desinterés ni franqueza, sin entusiasmo y sin pasión noble, no seremos ni liberales ni socialistas, ni podrá esta época que tanto merece, porque tanto ha sufrido, titularse heredera de La Reforma. Sin embargo, es lo que urge conseguir: ligar esta revolución nuestra con la revolución de nuestros padres, poner una gran lápida de olvido sobre los cuarenta años del despotismo que vino a traicionar los principios democráticos, y ponernos a trabajar otra vez en el restablecimiento de las grandes verdades sociales que se proclamaron en La Reforma, ensanchadas en el presente con un programa económico-social que se define cada vez más claro, en todos los pueblos avanzados del mundo.

Sin romper con la historia, sino antes bien apoyándose en lo que tiene ella de mejor, debemos trabajar en el engrandecimiento de un México tan libre y tan justo como lo soñaban los reformadores, y tan dichoso como lo

Yo sé...

Yo sé que muchas veces te quedas pensa-
[tiva,
fijos tus ojos glaucos en profunda obsesión,
y que aunque no aciertas a comprender,
[esquiva,
por el recuerdo herido llora tu corazón.

Te parece imposible que yo te amara un
[día
porque fiel a un ensueño era tan serio yo,
y en el fondo de mi alma brillaba todavía
la llama candorosa que tu risa apagó.

Soy para ti un enigma, pues sabes que te
[amaba,
y el recuerdo te dice que en verdad estaba
en tus manos febriles todo mi corazón.

No puedes engañarte. Y aunque seas altiva,
yo sé que muchas veces te quedas pensativa,
fijos tus ojos glaucos en profunda obsesión.

RAFAEL ESTRADA

Mayo, 1921.

La abuela

[RECUERDO]

Se ha quedado en silencio la casa familiar;
los niños en el patio dejaron de jugar;
el menudo follaje de mirtos y granados,
se tiñó de sol último igual que los tejados...

Con sandalias de seda, la noche entra a la
[casa;
y la plegaria humilde nuestras almas tras-
[pasa;
vibran en triples golpes las nueve campa-
[nadas
del Angelus sereno; la abuela arrodillada.

En la alcoba que huele a azucenas y rosas,
ante el Cristo que evoca su vieja aristocracia,
—traído de Guatemala en época dudosa—,

se persigna en silencio, luego con devoción,
su voz dulce y amada comienza la oración:
«¡Dios te salve María, llena eres de gracia...!»

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia—II—923.

reclaman estos nuevos cimientos de fraternidad humana.

....

Y lo mismo que el general don Juan Alvarez, con su modestia característica, decía de sus colaboradores, eso mismo ha dicho de él la Historia: «Que hizo demasiado, pues procedió con alteza y se sacrificó sin encono».

He aquí por qué nosotros hemos traído devotamente esos restos que son símbolo, para que reposen cerca del corazón del país, y como si repitiéramos el grito de los revolucionarios de hace sesenta años, en cuyo auxilio tantas veces estuviera, le decimos: «La obra no está todavía asegurada; camina pero tropieza, y es menester levantarla. Ven y protégela con tu fama, como antes la afirmaste con la espada, es la obra común del progreso humano. La generación combatiente que hoy brega por llenar una misión ilustre, vuelve a colocarte entre los héroes y te levanta como una antorcha».

JOSÉ VASCONCELOS.

(El Demócrata. México, D. F.)

Impresiones del trabajo

POR ELENA TORRES

UNA magnífica puesta de sol nos hacía separar la vista de las calles polvorientas, íbamos uno al lado del otro. Él, preocupado con el más allá, yo, inundada de alegría porque esa mañana seis mil chiquillos habían tomado su desayuno que les proporcionaba el placer de olvidarse del estómago; el hambre no los torturaría...

Estábamos muy juntos y muy lejos. El rompió el silencio y dijo: —¡Qué cosa tan pequeña son las obras humanas! Lo que hacemos es absurdo, la brevedad de esta vida debería convencernos de su inutilidad. El momento fué definitivamente de alejamiento, él pensaba y yo sentía. Repliqué: Lo que hacemos puede ser eterno, no por nosotros mismos, por los que vienen después; la Humanidad es grande. Considero que lo que llevamos hecho es algo; muy poquita cosa, pero somos muy poquita cosa nosotros mismos dentro de la humanidad.

—Tú no me entiendes, tú no piensas en el más allá,- dijo él con un gesto de melancolía y disgusto.

Yo sonreí, lo miré tristemente y permanecí a su lado silenciosa; me había hecho pensar en él, en su exquisito espíritu y en su potente energía humana que le parecía poca cosa.

Llegamos a la Escuela, más de quinientos niños de ambos sexos trabajaban en la hortaliza, un grupo vino a nosotros y nos rodeó, un pequeñín muy vivo y simpático nos refirió sus impresiones del día.—«Señorita, ya los niños no se enojan por el desayuno, ya no ensucian las mesas y trabajan muy bien para tener derecho a su boleto».

El veía con ternura los grupos de pequeñines y su cara estaba alegre.

De regreso no despegamos los labios, yo pensaba en sus palabras... Quizá ahora estábamos más cerca, no sería yo quien rompiera el silencio. ¿Para qué? No valía la pena discutir cuando nuestra acción tenía el mismo objeto y nos proporcionaba el mismo placer.

La vida individual es corta, la vida humana es eterna. Nacer y morir, son dos misterios, dos eternidades envueltas en la sombra, pero mientras se recorre el camino del principio al fin de la jornada que se llama vida, hay que comer, respirar, beber... Después... emprender alegres la vida que comienza en la muerte.

(La Falange. México, D. F.)

Viaje fecundo

Enajena mi ser atormentado
tiránica inquietud de movimiento
que a mi espíritu tiene controlado
y que acrece con ímpetu violento.

De la vida vulgar despreocupado
y obedeciendo sólo al pensamiento
viajar, tras un tesoro codiciado
de ingénita belleza que presiento.

En mis ansias profundas de viajero
el Universo recorrerlo quiero
con los cinco sentidos concentrados,

para evocar, cuando mi cuerpo inerte
sea esclavo sombrío de la Muerte,
los divinos paisajes contemplados.

EDUARDO URIBE.

Confidencial

A MARCO A. ZUMBADO.

Hoy, después de descansar,
la esperanza y la ilusión
me vinieron a tocar
la puerta del corazón.

Plegaria que hay que saber...
secreto de la heredad
que es necesario tener
para verlo de verdad.

Todo espíritu se aloca
cuando suena su clarín;
si respinga y se desboca...
lleva un rumbo, que es el fin!

Nadie sabe a punto cierto
la misión que ha de cumplir,
y si vive y está muerto
nadie lo podrá decir.

Se muestran los adefecios
—no lo nieguen—los colmillos:
los sencillos, a los necios;
los necios a los sencillos.

En el acertijo humano
sólo una cosa se vé:
que si alguno se hace vano
es que ha perdido su fe.

Es profunda cada historia,
larga es, y escrita está;
en cualquier forma ilusoria
cada uno es lo que será.

Espíritu que en las cosas
turba la imaginación,
y saca piedras preciosas
del negro y duro carbón!

Ley apenas perceptible
que rige en la eternidad,
y hace a veces preferible
callarse ante la verdad!

Te dedico esto a ti, buen Zumbado,
que sabes al menos donde estás;
y sabe, cuando estés a mi lado,
que esté charlatán o esté callado,
estoy vivo, por siempre, jamás...

RAFAEL ESTRADA

Octubre de 1921.

Nocturno

Sobre el almohadón de seda
se ovilla el gato friolento
y a la luz rosa, se queda
búdico en su arrobamiento!

Un gran ramo de reseda
soporiza el pensamiento;
la fantasía fácil rueda
por la magia del momento

Sobre la pared dibuja
la sombra, cuentos de bruja
y enanos funambulescos.

Y es mi lámpara rosada
cual crisantema bordada
sobre este biombo chinesco!

CARLOS LUIS SÁENZ E.

I.—31—923.

Silveti y Uncle Sam, tenorios

1

QUIÉN no conoce al Don Juan inconsciente? En voz alta este galán es defensor de la virtud de las vírgenes. Cuando lee que el torero Silveti ha raptado a una linda mujercita de quince años, se indigna, y de buena fe; pero su indignación acaba en melancolía. Por su mente pasan todas las lindas mujercitas de quince años que él conoce. ¡Dios padre, Dios hijo, Dios espíritu santo, qué tentadoras son! Al desfilar, coquetas, risueñas, mirando de reojo, su paso marca el ritmo de los versos de Blanco-Fombona:

Estreché sus quince años,
besé su boca de flor...

o los más apasionados, de Darío:

...el vientre de esa pequeña
de quince años, y sus brazos
armoniosos, Alegría!

o los tristes, con tristeza de pasión refrenada, de Amado Nervo:

¡Oh! ¡que no pueda yo...
aguardar que el botón se vuelva rosa!...

y

A mí me gustan las niñas tristes,
a mí me gustan las niñas pálidas...

2

PRECISAMENTE así como ese Don Juan inconsciente es Tenorio en el fondo, así y no de otra manera es imperialista el pueblo norteamericano. En voz alta ¿quién con más vehemencia que Uncle Sam ha defendido y defiende la libertad y soberanía de los pueblos débiles? Cuando se da cuenta de lo que Inglaterra hace en la India o en Irlanda, o el Japón con China (los japoneses aún no abandonan Chantung), el norteamericano se indigna, y de buena fe. Pero al momento surge en su mente el recuerdo de la América Latina: ¡ah, Nicaragua, Cuba, Panamá, Santo Domingo, Guatemala! Morenitas de quince años, niñas tristes, niñas pálidas, ¿no oís, al son de *Deutchsland über alles*, la canción yanqui de *America for Americans*?

3

NOSOTROS nos figuramos que los Estados Unidos se enojan cuando les gritamos que son imperialistas. Impotentes para abofetearlos, vociferamos contra ellos. Llegamos a imaginar que algo se puede conseguir con ese proceder. Y lo mismo se figuran nuestros amigos norteamericanos (pues los hay).

A los yanquis no les hace mella esto. Antes bien, les agrada. Como le agrada al Don Juan inconsciente, que se indigna por lo de Silveti, que le digamos sus conocidos: «Hombre, eres el gran conquistador: ¡no hay derecho! Tu inmoralidad...»

4

POR eso la labor de publicaciones como «The Liberator», «The Nation» y «The Freeman» y de libros como «Problems in Pan Americanism» de Mr. Samuel Guy Inman, tienen, si se quiere, el peor de los resultados. Constantemente esos semanarios, y en todas sus páginas ese libro, le dicen a Uncle Sam: «Hombre, eres el gran conquistador: ¡no hay derecho! Tu inmoralidad...»

5

EL Don Juan inconsciente, a fuerza de ver que los demás raptan; a fuerza de recordar los versos de nuestros poetas; a fuerza de evocar la risa y el andar y la frescura de uvas de las virgencitas que conoce (meseras, taquígrafas o niñas *bien* de la Colonia Roma) y, sobre todo, a fuerza de oirse llamar conquistador, *el gran conquistador*, acaba por raptarse a una, a dos, a tres... El asunto no es difícil: a las muchachas les encanta que las rapten.

6

A las muchachas, y a las naciones débiles también.

Ni unas ni otras tienen mesura en aceptar atenciones; en dejarse llevar a dar vueltas en automóvil por despoblado, o a celebrar conferencias en Washington; en recibir bombones y flores y guantes y medias o en aceptar empréstitos, ayuda de marinos y comisiones militares, y en entregar al galanteador las unas su confianza, las otras sus aduanas.

7

EN el fondo de sus almas, ni el Don Juan inconsciente ni el pueblo norteamericano tienen moralidad sana de hombre el uno, de nación noble el otro.

De la inmoralidad norteamericana ya hay pruebas: el profesor John Latané, decano de la famosa Universidad de Johns Hopkins, y el profesor Charles E. Chapman, de la Universidad de California, lo atestiguan, el primero en su libro «The United States and Latin America» y el segundo en las columnas de «The American Review of Reviews», de Nueva York.

Imposible es olvidar la indignación de los hombres universitarios yanquis contra sus colegas alemanes, durante la guerra, por la defensa que hacían los europeos del imperialismo alemán. Ahora esa indignación se ha esfumado en melancolía, en tristeza de la carne que florecerá hecha pasión de conquista. ¡Con qué voz tan dulce elogian esos maestros yanquis el avance en las playas del Caribe de su dominio práctico! «Vientres de las pequeñas de quince años», parecen cantar...

SALOMÓN DE LA SELVA.

México, Dic., 1922.

La página de Brisbane

SIR Wm. Bragg dice que el silencio ha resuelto casi el secreto del átomo. ¿Le asombrará a usted leer esto?

Si usted pudiera poner en libertad la mitad de la energía que se mantiene en las moléculas, átomos y electrones, en una moneda de cinco centavos y ponerle las riendas, usted pudiera desarrollar una fuerza motriz igual a la de una máquina de un millón de caballos de fuerza que estuviera trabajando sin detenerse durante cuarenta millones de años. Difícil de creerlo, pero es *cierto*.

En un tiempo se supuso que el átomo era la partícula más pequeña posible de materia, siendo el significado de su mismo nombre en griego, «incortable», demasiado pequeño para ser dividido.

Ahora sabemos que cada átomo está formado de cierto número de electrones, que varía en los diferentes elementos.

Hay en cada átomo un electrón central, circulando los otros a su alrededor en la forma en que los planetas dan vueltas alrededor de nuestro sol. Y comparados con el átomo alrededor del cual giran, esos electrones son del tamaño, en el número, de las muchas partículas de polvo que flotan en el aire, en uno de los grandes locales de los congresos, en relación con el local.

Por tanto, en el lenguaje de los viejos, existían: «Donde nos encontramos».

Actualmente es por medio del estudio de la estructura del cristal como la ciencia está explorando los secretos atómicos.

* *

En Harvard, figura la literatura inglesa a la cabeza de los ocho temas más populares para concentración especial. Después figuran por este orden: Economía, Romance, Lenguas, Química, HISTORIA, Gobierno, Matemáticas, y una combinación de Historia y Literatura.

Lo más importante, naturalmente, es la Historia. Si usted no conoce el pasado, usted no puede comprender lo que sucede en el presente, o hacer plan sólido alguno para el futuro.

Platón hubiera escrito encima de la puerta del Conocimiento en sus días:

«Que entren sólo aquellos que sepan «Geometría».

En nuestros días, en lugar de «Geometría», ponga «Historia».

* *

John D. Rockefeller, Jr., dice que la Biblia enseña a ahorrar centavos, trabajar ocho horas diarias, respetar las leyes, inclusive la prohibición y votar para cambiarla si es que no agrada.

Todo eso está bien, pero dice también: «no ruede automóvil a menos de que pueda sostenerlo». ¿Cuándo puede usted saber si puede sostener un automóvil? Hay millones de seres que están haciendo sin automóviles lo que no podrían hacer de otro modo. Una regla mejor es la de «obtenga un automóvil si puede trabajar y después trabaje lo suficiente para sostenerlo».

Si usted viera a un pájaro sin alas, suspirando esperanzado en el fango, usted no le diría: «No obtendrás alas hasta que puedas suministrártelas». Usted le diría: «Pobre pájaro, toma las alas AHORA. Vuela y encuentra el precio que has de pagar por ellas».

Un pájaro sin alas o un hombre sin automóvil no representan mucho.

* *

JOHN S. Worley, afortunado ingeniero con una renta de $ 25.000, en la ciudad de New York, acaba de abandonarla, para aceptar una cátedra de ingeniería en la Universidad de Michigan, con un salario menor de $ 5.000.

Los periódicos, muy sorprendidos, casi han publicado una cabeza a toda plana, diciendo: «Un ingeniero que se vuelve loco de repente».

Afortunamente hay todavía muchos hombres como el gran Agassiz, que pueden decir sinceramente: «Estoy demasiado ocupado para hacer dinero». A los estudiantes universitarios les enseñan, por pequeños salarios, hombres que pudieran hacer fortunas en un trabajo más egoísta.

Al final de su vida de enseñanza, el catedrático Worley estará en condiciones de decir que ha aumentado la provisión de conocimientos humanos y ha preparado a cientos o miles de jóvenes para rendir labor útil.

¿No es eso tan satisfactorio como trabajar toda la vida por una fortuna y dejarla para que sea derrochada por otros?

* *

JOHN D. Rockefeller, Jr., al denunciar la jornada de doce horas y la semana de siete días, como «innecesaria, antieconómica e injustificable», advierte «a los directores de la industria, menos generosos», que, a menos que voluntariamente sean más liberales, la opinión pública los condenará por hacer eso.

Los acumuladores de dinero «menos generosos», probablemente ignorarán esa advertencia, pero cometerán un error.

Antes de la Revolución francesa, cierto noble, y terrateniente, dijo al Rey que era un error de juicio mantener a los labriegos tan severamente aplastados, que debía dejarlos poseer alguna tierra.

El Rey se impresionó al principio, pero finalmente se unió al resto de la Corte, denunciando al noble como traidor a su clase.

Solamente un poco después el pueblo se apoderó de toda la tierra y se la repartió. El Rey no estaba allí para verlo; muchos de sus nobles habían desaparecido, también, habiéndoles sido separadas las cabezas de los cuerpos.

Cuando Mr. Rockefeller protesta contra la jornada de doce horas, la semana de siete días y los demás barbarismos de la industria, actúa como amigo del trabajador y también como MUCHO MEJOR AMIGO de aquellos que tienen dinero y que necesitan protección y seguridad para disfrutarlo, mucho más de los que necesitan UN POCO MÁS DE DINERO.

A. BRISBANE.

(*El Mundo*. La Habana).

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica